

**1**

**La entrevista**



*Se ofrece empleo para realizar tareas varias relacionadas con el servicio de pompas fúnebres. Horario de trabajo especial y excelente sueldo. Imprescindible carnet de conducir. **Funeraria Vida Eterna...***

Jesús estaba en la cafetería de su amigo cuando encontró el anuncio en el periódico. Había mirado algo en varias páginas de internet en su teléfono móvil de última generación pero, o buscaban a alguien mejor preparado o más joven de treinta años o, simplemente, no le interesaba. Fue al desistir de buscar, hojeando un periódico local y, mientras pasaba las páginas hasta llegar a la sección de deportes, cuando lo encontró. Jesús ni estudiaba ni trabajaba y todos los días peleaba con su madre porque no le gustaba que siempre le recriminase que era un vago.

—Tú, ¿qué te has pensado?, ¿que vas a estar toda la vida rascándote los «cataplínes»? Pues se acabó jugar a la «play» y pasar las tardes viendo películas en el cacharro ese de cine. Así que o buscas trabajo o echo al perro de casa, que ya estoy harta de tener que limpiar todos los días la caca que se hace en el suelo porque tú no lo sacas de paseo. Es que ni siquiera le das de comer, después de la que formaste para que nos lo quedásemos. Pues que sepas que a partir de este mes el móvil te lo pagas tú. Así que ya estás buscando trabajo y traes dinerito para casa. Que tu padre no trabaja para que te pases todo el día viendo al Barça. Venga, ya estás saliendo de aquí y quiero que vuelvas con un trabajo. Que no tengo bastante con el sueldo de tu padre.

—*¡Mira, no aguanto más! ¡Me voy! Dame cinco euros.*

—*Pero, ¡tendrás cara...!*

—*Voy a buscar trabajo, ¿no?*

—*Esto no es buscar trabajo. Para ganar dinero hay que trabajar y no pedirlo. Y no te cachondees que te doy una...*

—*¡Vamos a ver! ¡Que no tengo nada! Dame cinco euros para tomarme un café mientras busco trabajo.*

—*Toma ya... —Relató mientras buscaba en el monedero—. ¿Desde cuándo hace falta tomarse un café para encontrar trabajo...?, ¡y, ¿desde cuándo un café cuesta cinco euros?!*

Tenía localizado el sitio así que prefirió ahorrarse la llamada y presentarse en la funeraria. Le llamó la atención trabajar en un negocio así y, por supuesto, el «excelente» sueldo. Pensó que podría ser un trabajo para toda la vida y sin tener que dar un palo al agua. Atisbó el cartel a lo lejos mientras se acercaba sin reprimir una sonrisa en la cara aun a sabiendas que podrían rechazarle, pero estaba tranquilo, no le iba la vida en ello, aunque le ilusionaba ganar ese excelente sueldo en un trabajo tan interesante.

Llegó a la puerta y entró sin llamar. Al abrirla se escucharon en toda la sala vacía unas caracolas que colgaban del marco. Se quedó quieto unos segundos esperando a que viniese alguien a atenderlo hasta que escuchó una voz desde el interior que parecía estar hablando por teléfono, así que decidió sentarse a esperar. Mientras tanto, se limitó a observar la amplia sala. Delante de él había una mesa grande con unas sillas. A un lado, un cuadro ocupaba gran parte de la pared. Era una pintura muy extraña, en una mezcolanza de colores rojo, naranja y negro parecía ver una figura devorada por algo o alguien. A su derecha había otra sala que no podía ver desde su posición porque un tabique se lo impedía.

Así estaba cuando escuchó colgar el teléfono seguido de unos jadeos lentos y fatigosos acompañados de un golpe suave e intermitente y de otro sonido que no podía definir. Sentía que era el momento de la verdad y empezó a arrepentirse de no haber preparado nada. El

sonido intermitente parecía el latido de un corazón (*tum tum...*). Fue allí sin llamar antes y preguntar, sin currículum, sin ni siquiera ponerse algo de ropa decente. (*Tum tum... cada vez más cercano...*). Sintién-dose un poco avergonzado de llevar una camiseta de tirantes y unas sandalias. Pero pensándolo mejor, no se iba a molestar en hacer un currículum. (*Tum tum, tum tum...* ya casi estaba ahí... fuese lo que fuese...). Si le iba a suponer todo esto un dolor de cabeza abandonaba y se iría a la tienda a alquilar un videojuego.

Junto a la mesa, enfrente de él, había un pasillo del que apareció un señor todo vestido de blanco. El sonido que no podía definir lo hacía al arrastrar los pies, y el golpe suave e intermitente era un bastón que sostenía al apoyarlo contra el suelo con cada paso. Era un hombre muy mayor. Tan mayor que no supo definir la edad. Por los jadeos que emitía parecía estar sofocado por el calor.

En lugar de levantarse de la silla y saludar, sin darse cuenta se quedó observando cómo al anciano se le hacía difícil acercarse. Una vez frente a él se paró y le ofreció la mano mientras Jesús le seguía mirando su cara redonda, aunque no era un hombre gordo, que le observaba con curiosidad a través de unas gafas con lentes gruesas y circulares.

—Hola, soy Ángel Lucero. El dueño de esta funeraria. ¿En qué puedo servirle? —Jesús pareció despertar y titubeó un poco al hablar.

—Hola, me llamo Jesús —respondió estrechándole la suya—. Vengo por lo del anuncio.

—¡Ahhh! Así que vienes por lo del anuncio... Bien, bien, bien. Pues acércate, vamos a la mesa. Estaremos más cómodos. —Le invitó con un gesto de mano hasta que se sentaron uno frente al otro—. Bien, pues yo te ofrezco un buen sueldo y el trabajo no es nada sacrificado. Lo malo es el horario que aquí... nunca se sabe.

—Bueno, a mí eso no me importa.

—En principio el horario es solo de noche. Y luego, con las necesidades que surjan, pues tendrás que estar aquí el tiempo que haga falta. Pero no te creas que vas a estar mal. Realmente es un regalo

trabajar aquí. Mira, hay un cuarto con una cama, se podría decir que trabajar aquí es venir a dormir.

—Sí, pero..., tengo que estar todo el tiempo despierto y sentado o...

—No, no. Nada de eso. Ya te digo que vienes a dormir, o a leer, a escuchar música..., lo que quieras. Aquí no hay truco. Simplemente tienes que estar aquí por si recibimos alguna llamada. Luego te vas a casa que por el día me quedo yo. Ahora bien, cuando haya algún fallecido tendrás que recogerlo y en el funeral tendrás que llevarlo en el coche.

—Yo no tengo coche... —El anciano dejó caer una suave carcajada.

—No te preocupes, hombre. No puede ser un coche cualquiera. Tienes a tu disposición un coche fúnebre. Además, cuando tengas que recoger a alguien, tendrás la ayuda de los enfermeros del hospital, o de la ambulancia, según el caso. Y, para preparar a los fallecidos, serás tú quien tenga que ayudar. Ayudarás a Violeta, que es quien se encarga de maquillarlos.

Jesús dejó asomar una sonrisa ilusionándose por formar parte de este equipo.

—Bueno, y, ¿el sueldo cuánto es?

—Pues la nómina mensual será de dos mil euros fijos más las comisiones, que siempre hay por algunos imprevistos que ya verás, además de algunas horas extraordinarias. Todo ello con los seguros sociales e impuestos pagados.

Jesús borró la sonrisa de la cara y fijó la mirada en la mesa dejando pasar unos segundos en silencio.

—Bueno, ¿qué me dices?

—No sé... ahora mismo...

—Ya sé lo que pasa. Te parece muy extraño todo esto y quieres saber dónde está el truco, ¿verdad? Pues la verdad es que nadie quiere trabajar en una funeraria y se hace muy difícil encontrar a alguien a quien no le importe. Por eso el sueldo tiene que ser alto, para que estén dispuestos a trabajar aquí. Aunque tú pareces no asustarte.

Si lo llevas bien, esta va a ser una gran oportunidad para ti.

—Muy bien. Pues, ¿cuándo empezamos?

—¿Qué te parece esta noche?

El anciano abrió un cajón de la mesa y sacó una hoja fotocopiada de una pila. Cuando la colocó sobre la mesa Jesús observó desde su posición que se trataba de un contrato impreso en serie con espacios en blanco donde rellenar los datos particulares. «Este viejo está pirado. ¿Para qué querrá tantos contratos? En fin, él sabrá. Mientras me pague...», pensó.

—¡Un momento! ¿Qué ropa he de llevar?

—No te preocupes. En el cuarto hay un armario con el uniforme de empresa. Elige tu talla. Pero solo hace falta que te lo pongas para los velatorios. Para estar aquí o recoger a algún cadáver ponte lo que quieras. Como estés más cómodo. Por cierto, necesito tu dni —le pidió mientras rellenaba los datos en el contrato.

Jesús sacó su cartera del bolsillo arrimando el cuerpo hacia delante para liberarla de la presión de su trasero. Fue entonces cuando se fijó en la pluma que usaba el anciano. Parecía muy antigua y debía valer un buen dinero. Era como si la hubiese sacado de un museo. Eso le hizo pensar que debía estar forrado y, por tanto, que decía la verdad en cuanto al sueldo.

—Bueno, y si empiezo esta noche, ¿a qué hora tengo que venir?

—Más o menos sobre las nueve pero no tienes que ser tan puntual. Puedes venir a y diez, a y cuarto... Pero si estás de paseo o tienes algo que hacer y vas a venir, por ejemplo a las diez, avisa.

—Sí, sí, tranquilo. Pero, cuando venga, ¿me puedo traer la *play* o el dvd, verdad?

—¿La *play*...? Sí, sí... tienes que traer algo para no aburrirte. Lo que quieras. Estás en tu casa. Bueno, lee el contrato y, si estás de acuerdo, fírmalo.

El anciano le ofreció el contrato por triplicado y la pluma y, mirando ambas cosas se dio cuenta de algo inusual. La tinta de la pluma que usó para rellenar el contrato era roja. El anciano, al ver la curiosidad en la cara del joven, le explicó:

—Para asegurarse de que son contratos originales y no una fotocopia han de firmarse a bolígrafo de color. Normalmente se usa el azul. Yo prefiero usar el color de la sangre.—No le dio más importancia. Incluso pensó que sería una *chochería* de la vejez.

—¿Dónde dice lo de los dos mil euros? —Ángel se lo señaló con el dedo—. ¿Y la jornada de trabajo?

Eso fue lo único que miró del contrato. Tras cerciorarse de las cuarenta horas semanales miró con una sonrisa al anciano para volver la mirada al contrato y se dispuso a firmar.

—Firmar un contrato es aceptar un compromiso —le dijo el anciano—. Debes leerlo para estar de acuerdo. —Jesús miró el contrato y vio que había mucha letra pequeña y aburrida por leer.

—Esto es todo lo que me ha dicho usted, ¿no?

—Sí, pero con alguna que otra cláusula.

—Bueno, pues entonces lo firmo.

Volvió a la cafetería de su amigo. Aún le sobraban un par de euros y podía permitirse gastarlo sin miramientos ya que sentía que la nómina ya era suya y era un hombre adinerado.

Era uno de esos bares que sirven para todo, para tomar un café, un cubata, para jugar al billar, para tomar una cerveza en los veranos calurosos..., válido para cualquier edad tanto para personas mayores como jóvenes que no saben dónde ir o que se preparan para salir de fiesta. Un bar que mantiene la tradición.

Se sentó en la barra, pidió una cerveza y le contó a su amigo todo lo que había pasado en la funeraria, quien le escuchó atentamente y con una sonrisa en la cara.

—Pues es un viejo chalado que tiene el cajón lleno de contratos y el armario lleno de uniformes de todas las tallas. Se ve que nadie aguanta trabajar allí por el tema de los muertos. ¿Sabes cuánto me va a pagar? ¡Dos mil euros! Más comisiones. ¡Es una nominaza! Y en estos tiempos en que hay tanto paro... Yo creo que no está bien de la cabeza, que tiene alzhéimer o algo así. Debe pensar que dos mil euros son dos mil pesetas. Pero ese es su problema. Me paga

por dormir... Eso ha dicho. Usa una pluma con tinta roja, ya ves lo raro que es.

—Pues sí que es una ganga —asentía su amigo con el semblante serio, como si no creyera lo que le estaba contando.

—Que no, hombre... es que el viejo chochea.

—Hombre, no sé... Te voy a decir lo que yo creo. Yo pienso que no hay tanta gente que no quiera trabajar con muertos y si la gente se le va es por algo. Pero bueno, ya me contarás.

Jesús miraba su cerveza con aire distraído y parecía que no escuchaba sino que más bien daba un discurso.

—Pagándome ese dineral por nada —continuó sin quitar la vista del vaso—. Pienso llevarme la *play* y dejarla allí. Además, me dijo que fuese a la hora que me diese la gana.

—Pues no. Entonces, bien de la cabeza no está.

—Desde luego, la gente es tonta. El viejo este regalando el dinero y nadie lo coge por tratar con muertos. Pues si nadie lo quiere me lo quedo yo. Ya verás tú lo que voy a trabajar.

—Yo te digo una cosa. Ese es mucho dinero y te repito que no creo que a nadie le importe tanto trabajar con muertos. Yo pienso que has tenido mucha suerte. Has debido de ser el primero en preguntar por el trabajo. Ahora bien, a ver si es que pasa algo raro en esa funeraria, que el tío ese esté loco o algo así, o te vaya a amargar la vida, o el horario te vaya a matar..., porque si da tanto dinero y no lo coge nadie será por algo. —Jesús se quedó pensativo unos segundos antes de dar un trago a la cerveza y responderle.

—Porque ese viejo está *chalo*.

—¡Tengo trabajo! —anunció entusiasmado haciendo su entrada en su casa.

Ante él se presentaba una imagen estática de su padre sentado en el sillón mirándole de frente con una sonrisa simpática que parecía esculpida. De pie, junto a él, estaba su madre mirándole también pero con la boca ligeramente abierta y sujetando un cazo que dejó estancado en el plato.

—¿Que tú tienes trabajo? ¿De qué? —acertó a preguntar su madre.

—De enterrador.

—¿De enterrador? ¿Pero si para eso te contrata el ayuntamiento?

—Bueno, pues no sé. Todavía no sé muy bien lo que tengo que hacer. Pero voy a trabajar con los muertos.

—Bueno, ¿tú me quieres explicar a mí que has conseguido un trabajo y no sabes de qué?

—¡Que sí sé de qué! Voy a trabajar en un... en un... ahora no me acuerdo cómo se llama.

—En un cementerio.

—No.

—¿No será en una funeraria?

—¡Sí, eso! En una funeraria.

—¿En qué funeraria? —preguntó su madre como si esperase una respuesta que no quisiera oír.

—No me acuerdo cómo se llama ahora. «La vida feliz» o algo así.

—La vida feliz te voy a dar yo a ti... ¿Cómo se llama el dueño?

—No me acuerdo. Es un viejales vestido de blanco.

—¡El lucero! ¡Por favor, no me digas que es el lucero!

—Sí, me parece que sí.

—¡Ay, Dios mío! —Su madre fijó la mirada al techo y juntó las manos como si rezase mientras su padre se limitó a observarle en silencio manteniendo la sonrisa.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Esa es la funeraria de toda la vida. Siempre ha estado ahí y siempre la llevó él. Pero cuando empezó a contratar gente se morían al poco tiempo. Los trabajadores le duraban muy poco. Pero poco..., que son dos meses o algo así. Como nadie quiso trabajar con él tuvo que contratar gente de fuera que no supiesen nada de él. —Jesús se acordó del montón de contratos en el cajón y de los uniformes pero no quiso renunciar al dinero—. Y tú ahora no vas a ser el tonto que va a trabajar con él. ¡No! Le dices que no quieres el trabajo. O no le digas nada, pero olvídate de ese trabajo.

—Que no me olvido. ¿No ves que es un viejo chalado? Que no, que tiene muchas tonterías en la cabeza y se cree que todos los trabajos están igual de bien que el suyo.

—¡Me da igual! Te he dicho que no vas a coger ese trabajo.

—Que no pasa nada... que la gente hablará de él pero que lo que pasa es que no está bien del coco y se cree que dos mil euros son dos mil pesetas.

—Cómo que... ¿te va a pagar dos mil euros?

—Netos y más comisiones —respondió con una sonrisa de satisfacción.

—Y, ¿qué tienes que hacer? —preguntó su madre más calmada.

—Guardia por la noche mientras juego a la «play».

—¿Nada más?!

—La nocturnidad hay que pagarla. Además que yo creo que ese tío no sabe ni lo que paga.

—O a lo mejor es que está tan mayor ya... y como no tiene hijos...,pues a lo mejor no sabe qué hacer con el dinero —dijo su madre intentando ser más comprensiva.

—Yo qué sé, pero se le ocurre decirme que no cumpla con mi horario. Entro a las nueve y me dice que puedo llegar a las diez. Que no..., que me ha tocado la lotería. Hasta mi amigo, el camarero, lo dice y todo: «es una ganga y no debo desaprovecharla, que a la gente no le gusta trabajar con los muertos».

—No sé, Jesús... de todas formas ese hombre debe estar ya para jubilarse... nosotros lo hemos conocido de siempre. Si hasta cuando nosotros éramos jóvenes él era ya viejo. Debe de tener ya noventa años, ¿no? —le preguntó a su marido.

—¡Trabajando con noventa años!¿Dónde vas tú?! —interrumpió Jesús.

—¡Por lo menos! Si ya te digo que estábamos nosotros recién casados y ya era mayor. ¿Sabes por qué le llaman el lucero?

—No es un mote. Es su apellido.

—¿Es su apellido? Pues de toda la vida se ha dicho que le llaman así porque es de los primeros en la ciudad, como el lucero del alba

que es lo primero que aparece al amanecer. Pues a él lo ha conocido todo el mundo siempre aquí. Debe ser el más viejo del barrio.

—Que no puede ser tan viejo.

—Bueno, Jesús, tú sabrás. Mira, dos mil euros es un buen dinero pero a ver si te van a contagiar algo o... te va a pasar algo... que se ha muerto mucha gente trabajando ahí.—Dicho esto, la madre abandonó el comedor, dejando solos a Jesús y a su padre, quien comenzó a hablarle sin alzar mucho la voz.

—Muy bien, hijo. Ganar mucho dinero trabajando poco. No esperes a ser tan mayor como yo para darte cuenta. Gánalo y disfrútalo antes de que llegue alguna etapa en tu vida en que no te lo puedas permitir. Yo digo que las oportunidades están para aprovecharlas y si muchos han muerto en ese trabajo, eso es un golpe de suerte para ti porque así te pagan más y nadie querrá quitarte el trabajo.

—Pero si ya lo sé, papá. A mí ¿qué más me da lo que cuenta la gente...?

—Hijo, sí es verdad que la gente ha muerto en ese trabajo, pero ha sido casualidad que en lugar de hacerlo en sus casas hayan ido directamente al tanatorio a morir.

Ambos se echaron a reír. El padre de Jesús comenzó a hincarle el diente a la comida mientras este lo empezó a echar en falta.

—¡Mamá! ¡Ponme la comida!